

ACEITE EN LAS VENAS

Esta mañana me costaba ir a trabajar. En la empresa se ha instalado un clima laboral de desconfianza. Cada vez hay menos compañeros con los que hablar. Hace ya muchos años que se implantó en naves y oficinas el sistema de cámaras y micrófonos que ahora también mide la productividad de los empleados en tiempo real, mediante un software que reprograma al alza los objetivos si algún mes, por casualidad, alguien los alcanza.

Sofisticadas máquinas, ordenadores de última generación, todo un ejército de inteligencia artificial se ha ido desplegando silenciosamente por las diferentes secciones de la empresa.

Nos habían camelado con que las nuevas aplicaciones vendrían en nuestra ayuda para evitarnos los trabajos repetitivos y así permitirnos realizar tareas más técnicas y de alta cualificación. A los pocos meses se presentaron varias oleadas de regulaciones de empleo. Luego entraron los robots modernos de figura y rostro humano, androides casi indistinguibles de nosotros que nos arrebataron los trabajos más complejos. Ahora constituyen la mayoría.

¿No son ellos también trabajadores? ¿Y no son más productivos? ¿Y más fieles? Se les permitió concurrir a las elecciones sindicales. Y las ganaron. Maniobraron en la sombra para colocar a uno de los suyos en el puesto de Director General de... ¡Recursos Humanos! Hoy somos nosotros quienes ayudamos a los robots para que nunca les falte suministro de energía, de aceite y de los escasos componentes que todavía no se procuran por sí mismos.

Estimando que somos perfectamente marginales, la empresa nos ha bajado el sueldo. Pero aguantamos. No hay que desesperar -nos decimos-: algún día esto cambiará.

Ya han dado las siete de la mañana. Me levanto de mala gana para ir a trabajar cuando oigo el inconfundible sonido de un correo nuevo en el móvil. Lo abro: "Lamentamos comunicarle que como consecuencia del último plan de reestructuración, la empresa ha decidido prescindir de sus servicios. A partir de hoy tendrá disponible en la oficina su correspondiente finiquito. Firmado: el Director General de Recursos Humanos".

Me dejé caer sentado en la cama unos minutos, la mirada perdida en la pantalla del móvil.

—¿Qué te pasa? ¡Vas a llegar tarde! — me sacudió del brazo mi mujer.

Me vuelvo hacia ella y le digo aturdido:

—Me han despedido.

—Oh, no te preocupes— me animó ella—. Ya sabes que los que estáis casados con robots gozáis de más ventajas: 100% de la prestación de desempleo durante tres años y preferencia en la recolocación. Déjame que hable mañana con el gerente de Social-Robots; es una empresa nueva, puntera, y allí tengo muy buenos amigos.

Besé a mi mujer mecánicamente. Gracias a que en esta casa hay alguien que lleva aceite en las venas.